

tiempo que divirtieran su imaginacion, dejaron en ella una profunda impresion de su poder. Entonces, despues de haberles hecho pocos y miserables presentes, los despidió con un mensaje conciliatorio para su amo, y la seguridad de que pronto le ofreceria sus respetos en la capital, donde cualquiera mala inteligencia que hubiera entre ellos podia prontamente arreglarse.

Los aliados totonecas apenas podian dar crédito á sus sentidos, cuando entendieron el objeto de esta entrevista. Sin embargo de la presencia de los españoles, habian esperado con temor las consecuencias de su temerario procedimiento, y su admiracion se exaltó hasta concebir un temor reverencial por unos extrangeros que á esta distancia podian ejercer tan misteriosa influencia sobre el terrible Montezuma (2).

No mucho despues recibieron los españoles una invitacion del cacique de Cempoala para que le ayudaran en una disputa en que estaba comprometido con una ciudad vecina. Cortés marchó á su socorro con parte de sus fuerzas. En el camino, un soldado raso llamado Morla, robó á un nativo un par de gallinas, é indignado Cortés con esta violacion de sus órdenes á su misma presencia, y conociendo de la importancia de mantener la reputacion de que observaba buena fe con sus aliados, mandó que fuese ahoreado el ladron, á un lado del camino, delante de todo el ejército. El miserable delincuente tuvo la fortuna de que Pedro de Alvarado, el futuro conquistador de Quiché, estuviere presente, y se aventurase á cortar la soga que sostenia el cuerpo, cuando aun habia en él vida. Probablemente pensó que se habia hecho lo bastante para ejemplo, y que la pérdida innecesaria de un solo hombre era mas de lo que podia sufrir el pequeño ejército. La anécdota es interesante, pues muestra la disciplina observada por Cortés y las libertades que se tomaban sus capitanes, que lo miraban casi como á un compañero de aventuras. Este sentimiento de igualdad, creó entre ellos un espíritu de insubordinacion que hizo su puesto de comandante el mas delicado y dificultoso.

Al llegar á la ciudad hostil, pocas leguas distante de la costa fueron recibidos de una manera amigable; y Cortés que iba acompañado de los aliados, tuvo la satisfaccion de reconciliar estas diferentes ramas de la familia totoneca sin derramamiento de sangre. Entonces regresó á Cempoala, donde fué saludado con muestras de júbilo por el pueblo, que habia ya formado una opinion favorable de su moderacion y justicia, así como antes la habia tenido de su valor. En señal de gratitud, el cacique indio presentó al general ocho doncellas indias, ricamente vestidas, adornadas de collares y joyas de oro, y acompañadas de varias esclavas que las servian. Eran hijas de los principales gefes, y el cacique pidió que los capitanes españoles las tomasen por mugeres. Cortés recibió á las damas con las atenciones correspondientes; pero dijo al cacique que primero debian ser bautizadas, pues los hijos de la Iglesia no podian tener comercio con las idólatras (3). Entonces declaró que el grande objeto de su mision, era libertar á

## CAPITULO VIII.

OTRA EMBAJADA AZTECA.—DESTRUCCION DE LOS IDOLOS.—DESPACHOS ENVIADOS A ESPAÑA.—CONSPIRACION EN EL CAMPO.—SE ECHA A PIQUE LA FLOTA.

1519.

Mientras los españoles se ocupaban del nuevo establecimiento, quedaron no poco sorprendidos con la presencia de una embajada de Méjico. La noticia de la prision de los colectores reales, se habia divulgado rápidamente por todo el pais. Cuando llegó á la capital, sus habitantes se llenaron de admiracion por la inaudita osadía de los extrangeros. En Montezuma todo otro sentimiento, aun el del temor, se amortiguó con el de la indignacion, y mostró su solita energía en los preparativos vigorosos que instantáneamente hizo para castigar en sus vasallos rebeldes el insulto inferido á la magestad del imperio. Mas cuando los oficiales aztecas libertados por Cortés, llegaron á la corte y refirieron el trato bondadoso que habian recibido del comandante español, se mitigó el enojo del monarca, y sus temores supersticiosos, reasumiendo su influencia, le indujeron á volver á abrazar su tímida y conciliadora política. Delegó una embajada al campo español, compuesta de dos jóvenes sobrinos suyos y de cuatro ancianos nobles. Los proveyó con su acostumbrada munificencia de un liberal presente, de oro, ricas telas de algodón, y hermosas mantas de plumaje. Llegando los enviados á la presencia del general, le entregaron los regalos, manifestándole al mismo tiempo el reconocimiento de su amo por la cortesía que habia mostrado en libertar á sus nobles prisioneros; pero que habia visto con admiracion y sentimiento, que los españoles hubieran patrocinado á sus desleales vasallos en su rebelion. No tenia duda de que ellos eran los extrangeros, cuya venida habia sido mucho tiempo antes anunciada por los oráculos y del mismo linaje que él (1). Por deferencia á ellos, perdonaria á los totonecas mientras estuvieran presentes; pero el tiempo de la venganza llegaria.

Cortés recibió á los gefes indios con franca hospitalidad. Tuvo cuidado de desplegar los recursos que estaban á su arbitrio, con el objeto de que al mismo

(1) „Teniendo respeto á que tiene por cierto, que somos los que sus antepasados les habian dicho, que habian de venir á sus tierras, é que debemos de ser de sus linajes.” Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 48.

(2) Gomara, Crónica, cap. 37.—Ixtlilxochitl, His. chich., MS., cap. 82.

(3) „De buena gana recibirian las doncellas como fuesen cristianas; porque de

los nativos de sus heréticas abominaciones, y pidió al señor totoneca le permitiera derribar los ídolos y colocar en su lugar los símbolos de la verdadera fe.

A esto contestó el cacique lo mismo que antes: que sus dioses eran bastante buenos para él; y ni las persuasiones del general, ni la predicación del padre Olmedo, pudieron inducirle á consentir. Mezcladas con su politeísmo, tenía ideas de un Ser Supremo é infinito, criador del universo; y su entendimiento envuelto en las tinieblas, no podía concebir cómo este Ser incomprendible, hubiera de condescender en tomar la forma humana, participando de sus enfermedades y miserias, y bajar á la tierra á ser víctima voluntaria de la persecución de aquellos mismos á quienes su aliento había comunicado la existencia (4). Dijo ingenuamente á los españoles, que resistiría cualquiera violencia que se cometiera con sus dioses, quienes vengarian por sí mismos la profanación, destruyendo instantáneamente á sus enemigos.

Empero, el celo de los cristianos había excitádose demasiado para que pudieran entibiarse con súplicas ó amenazas. En el tiempo que habían residido en el país, habían presenciado mas de una vez, los bárbaros ritos de los nativos, sus crueles sacrificios de víctimas humanas, y sus repugnantes banquetes caníbales (5). Su alma se horrorizaba con la vista de estas abominaciones, y á una voz convinieron en sostener á su general cuando les dijo, „que el cielo no sonreiría á su empresa si permitían tales atrocidades, y que por su parte estaba resuelto á demoler los ídolos en aquella misma hora, aun cuando sacrificara su vida.” Posponer la obra de la conversión era un pecado. En el entusiasmo del momento los consejos de la política y de la prudencia fueron desatendidos: casi sin esperar sus órdenes, se dirigieron los españoles á uno de los principales teocallis ó templos que se elevaban á bastante altura, sobre una base piramidal con una escalera de piedra muy pendiente en el centro. El cacique, adivinando su intento, inmediatamente llamó á sus súbditos á las armas; y estos ocurrieron de todas partes con horribles gritos y sonidos de armas, entre tanto que los sacerdotes con sus negras vestiduras de algodón y desordenadas trenzas manchadas

otra manera no era permitido á hombres, hijos de la Iglesia de Dios, tener comercio con idólatras.” Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 5, cap. 13.

(4) Ibid., déc. 2, lib. 5, cap. 13.—Las Casas, Hist. de las Indias, MS., lib. 3, cap. 122.

Herrera pone en boca de Cortés, en esta ocasión, una arenga muy edificante, mas propia de un sacerdote que de un soldado. ¿No le confundirá tal vez con el padre Olmedo?

(5) „Esto habemos visto,” dice la Carta de Veracruz, „algunos de nosotros, y los que lo han visto dicen que es la mas terrible y la mas espantosa cosa de ver que jamas han visto.” Mas enérgicamente se expresa Bernal Diaz. (Hist. de la conquista, cap. 51.) La Carta calcula que eran 50 ó 60 las personas sacrificadas anualmente en cada uno de los teocallis, de manera que hacían la suma en los países que hasta entonces habían visitado los españoles, de 3 ó 4 mil víctimas. (Carta de Veracruz, MS.) Por errada que pueda ser esta aserción, el hecho en general es espantoso.

de sangre, flotando sobre sus espaldas, corrian frenéticos por entre la multitud, conjurando á los nativos á impedir la violación de sus dioses. Todo era entonces confusión, tumulto, y amenazas de guerra, donde antes no había sino paz y la grata fraternidad de las naciones.

Cortés tomó, como de costumbre, prontas y decisivas medidas. Ordenó á los soldados arrestasen al cacique, y á varios de los principales habitantes y sacerdotes. Luego previno á estos que aquietaran al pueblo, pues si se disparaba una flecha contra algun español y era herido, costaría á cada uno de ellos la vida. Al mismo tiempo Marina manifestó la temeridad de la resistencia, é hizo presente al cacique que si perdía las afecciones de los españoles, quedaría sin protector contra la terrible venganza de Montezuma. Estas consideraciones temporales parece tuvieron mas peso en el jefe totoneca que las de la religión. Cubrió su cabeza con las manos, exclamando que los dioses vengarian los insultos que se les hicieran.

No tardaron los cristianos en aprovecharse de su tácita aquiescencia. Cincuenta soldados, á una señal del general, subieron por la gran escalera del templo, entraron al santuario edificado en la cumbre, cuyos muros estaban ennegrecidos con la sangre humana, arrancaron de sus pedestales los enormes ídolos de madera, y los arrastraron con violencia hasta la orilla del terrado. Sus formas y facciones fantásticas, teniendo un significado simbólico, no podían ser comprendidas por los españoles, que solo veían en ellos los horribles lineamientos de Satanás. Con suma alegría hicieron rodar aquellos colosales monstruos las escaleras de la pirámide, entre los aplausos de sus compañeros y los gemidos y lamentaciones de los nativos. Consumaron la obra reduciéndolos á cenizas á presencia de la multitud que estaba allí reunida.

Este hecho produjo el mismo efecto que en Cozumel. Los totonecas, viendo que los dioses eran incapaces de impedir ó castigar esta profanación de sus santuarios y simulacros, formaron una baja opinión de su poder, comparado con el de los misteriosos y formidables extrangeros. Laváronse los muros y pavimentos del teocalli, de orden de Cortés, para borrar sus asquerosas manchas. Pusieronle los albañiles indios una nueva cubierta de estuco, y se elevó un altar donde se colocó una grande cruz, y se adornó con guirnaldas de rosas. En seguida se dispuso una procesion, en la cual algunos de los principales sacerdotes totonecas, cambiando sus negros mantos por vestiduras blancas, llevaban en sus manos hachas encendidas, entre tanto que una imágen de la Virgen, casi oprimida con el peso de las flores, era conducida en alto, y luego que el concurso ascendió las escaleras del templo, fué depositada en el altar. Celebró misa el padre Olmedo; y el carácter impotente de sus ceremonias, así como la patética elocuencia del buen sacerdote, afectó los sentimientos del auditorio, de manera que tanto los indios como los españoles, si hemos de creer al historiador, se deshicieron en lágrimas y prorumpieron en fuertes sollozos. El misionero protestante procura alumbrar el entendimiento del convertido con la pálida luz de la razón; pero el católico mas osado deslumbra el espíritu con el esplendor del espectáculo y con la patética efigie del Redentor agonizando: excita en sus oyentes

una tempestad de sentimientos que ahoga cualquiera otro que pudiera llamarse reflexion. Sin embargo, ha asegurado á su convertido, apoderándose de sus afecciones, vínculo mas fuerte y mas poderoso para el ignorante salvaje que el de la razon.

Un anciano soldado, llamado Juan de Torres, que se hallaba imposibilitado por sus enfermedades, se encargó de quedar cuidando el santuario e instruir á los nativos en su servicio. Despues abrazando Cortés á los aliados totonecas, hermanos ya de armas y religion, marchó otra vez para la Villa Rica, donde tenia algunas cosas que arreglar antes de partir para la capital (6).

Sorprendióse de encontrar allí un buque español que habia arribado en su ausencia con doce soldados y dos caballos á bordo. Mandábalo un capitan llamado Saucedo, caballero del Océano, que habia seguido las huellas de Cortés en busca de aventuras. Aunque corto, proporcionaba un cuerpo de robustos soldados para el pequeño ejército. Estos hombres informaron á los españoles de que el gobernador de Cuba habia recibido autorizacion del gobierno español para establecer una colonia en los paises nuevamente descubiertos.

Cortés determinó entonces poner en ejecucion un plan que habia estado meditando largo tiempo. Conocia que todos los últimos procedimientos de la colonia, así como su autoridad, vendrian por tierra sin la autorizacion régia. Conocia tambien que el favor de Velazquez, que era grande en la corte, tan pronto como supiera su separacion, todo se emplearia en calumniarle hasta conseguir su ruina. Resolvió prevenir sus movimientos, y enviar un buque á España, con despachos dirigidos al mismo emperador, anunciándole la clase y extension de sus descubrimientos, para obtener, si era posible, la confirmacion de sus actos. A fin de conciliarse la buena voluntad de su amo, se propuso tambien enviarle algunos presentes que le pudieran sugerir una alta idea de la importancia de sus servicios á la corona. Para conseguir esto no creyó bastante el real quinto. Conferenció con sus oficiales, y les persuadió á ceder la parte que les tocaba del tesoro. A instancias suyas hicieron la misma peticion á los soldados, manifestándoles que era el deseo mas vehemente del general, quien daba el ejemplo donando el quinto que le pertenecia, igual al de la corona. Poco era lo que se pedia á cada hombre que entregara; pero el todo haria un presente digno del monarca á quien se destinaba. Con este sacrificio podian asegurar su indulgencia por lo pasado, y su favor para lo futuro: era bastante corto y quedaba bien recompensado con la certeza de las ricas posesiones que les esperaban en Méjico. Se circuló, pues, un papel entre los soldados, que se exigia firmase todo el que estuviera dispuesto á ceder su porcion. Aquellos que lo rehusaran tendrian derecho á su parte y recibirian la que les pertenecia. Ninguno se negó á firmar, dando así otro ejemplo del influjo extraordinario de Cor-

(6) Las Casas, Hist. de las Indias, MS., lib. 3, cap. 122.—Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 51 y 52.—Gomara, Crónica, cap. 43.—Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 5, cap. 13 y 14.—Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 83.

tés sobre estos espíritus rapaces, que á su voz se desprendieron de los mismos tesoros que habian sido el grande objeto de su arriesgada empresa (7).

Acompañó á este presente una carta para el emperador en que le hacia una completa relacion de todo lo que habia ejecutado desde su partida de Cuba, de sus varios descubrimientos, combates y tráfico con los nativos, su conversion al cristianismo, sus extraordinarios peligros y sufrimientos, varios detalles respecto de las tierras que habia visitado, y los que pudo recoger sobre la célebre monarquía mejicana y su soberano. Referia sus dificultades con el gobernador de Cuba, los procedimientos del ejército con referencia á la colonizacion, y suplicaba al emperador se dignase confirmar sus actos, manifestando una entera confianza de que con la ayuda de sus bravos compañeros podria poner á la corona de Castilla en posesion del extenso imperio mejicano (8).

(7) Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 53.—Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 82.—Carta de Veraacruz, MS.

La Carta de Veraacruz contiene un completo inventario de los presentes enviados por Montezuma, de los cuales son unos pocos los siguientes:

Los collares de oro y piedras preciosas.  
Cien onzas de oro no beneficiado, para que sus altezas pudieran ver el estado en que salia de las minas.

Dos pájaros hechos de plumas verdes, con piés, picos y ojos de oro, y animales de este mismo metal, semejantes á los caracoles.

Una gran cabeza de caiman de oro.

Un pájaro de plumas verdes, con piés, pico y ojos de oro.

Dos pájaros hechos de hilo y plumaje, con las alas y cola, piés, ojos y extremidad de los picos de oro, parados en dos cañas cubiertas del mismo metal, puestos sobre globos de plumaje y bordados tambien de oro, uno blanco y otro amarillo, con siete borlas de plumaje colgando de cada uno de ellos.

Una grande rueda de plata, con peso de cuarenta marcos, y otras mas pequeñas del mismo metal.

Una caja de plumaje, bordada sobre cuero, con una gran lámina de oro en el medio, que pesaba setenta onzas.

Dos piezas de algodón entretejidas de plumas: otra de variados colores, y la cuarta con figuras blancas y negras.

Una gran rueda de oro con figuras de animales extraños, esculpidas, y adornada con orlas y follajes, que pesaba tres mil ochocientas onzas.

Un abanico de variado plumaje con varillas cubiertas de láminas de oro.

Cinco abanicos de diversas plumas, cuatro de ellos con diez, y el otro con trece varillas de oro y relieves del propio metal.

Diez y seis escudos de piedras preciosas, con plumas de varios colores colgando de sus orillas.

Dos piezas de algodón ricamente trabajadas, bordadas de negro y blanco.

Seis escudos, cubierto cada uno de ellos de una lámina de oro, con una cosa parecida á una mitra de oro en el centro.

(8) „Una muy larga carta,” dice Gomara en su vago análisis de ella. Crónica, cap. 40.

Esta fué la célebre Carta primera, segun se la llama, de Cortés, que hasta ahora ha eludido todas las pesquisas hechas para encontrarla en las librerías de Europa (9). Su existencia está comprobada con las referencias que se hacen á ella, tanto en las cartas posteriores del mismo Cortés, como en los escritos de sus contemporáneos (10); y su temor general está referido por su capellan Gomara; pero su importancia ha sido indudablemente encarecida con demasía; y si se hubiera dado á luz, tal vez se habría encontrado que poco interes añadia á los puntos comprendidos en la Carta de Veracruz, que ha formado la base de la parte precedente de mi narracion. No tenia su autor mayores fuentes donde adquirir noticias que las que estaban abiertas para los del último documento. Fué aun menos completo y franco, si es cierto que suprimió toda noticia sobre los descubrimientos hechos por sus dos inmediatos predecesores (11).

Los magistrados de la Villa Rica en su epístola descansaban en los mismos fundamentos que Cortés, concluyendo con una representación enérgica contra la mala conducta de Velazquez, cuya venalidad, extorsiones y singular dedicacion á sus intereses personales, con abandono tanto de los de su soberano, como de los de sus compañeros, colocaban en el punto de vista mas claro y manifiesto (12). Imploraban del gobierno no sancionase la intervencion de aquel en la nueva colonia, lo que seria fatal á su prosperidad, sino que cometiera la empre-

(9) El doctor Robertson refiere que la librería imperial de Viena fué examinada por instancias suyas, con el fin de encontrar este documento, pero infructuosamente. (History of America, vol. II, note 70.) No he sido mas afortunado en las investigaciones que he hecho en el museo británico, en la librería real de Paris y en la de la academia de la historia de Madrid. Esta última es un gran depósito de documentos sobre la historia colonial; pero la detenida inspeccion de sus papeles da á conocer que falta aquella coleccion. Como el emperador la recibió la misma tarde que se embarcó para Alemania, y la Carta de Veracruz dirigida al propio tiempo existe en la librería de Viena, podria creerse que éste era el lugar mas probable para encontrarla.

(10) „En una nao,” dice Cortés en el primer párrafo de su segunda Carta al emperador, „que de esta Nueva-España, de vuestra sacra Magestad, despaché á 16 de julio del año de 1519, envié á vuestra alteza muy larga y particular relacion de las cosas hasta aquella sazón, despues que yo á ella vine, en ella sucedidas.” (Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, cap. 38.) „Cortés escribió,” dice Bernal Diaz, „segun él nos dijo, con recta relacion; mas no vimos su carta.” (Hist. de la conquista, cap. 53.) (Tambien Oviedo, Hist. de las Indias, MS., lib. 33, cap. 1; y Gomara, ubi supra.) Si no fuera por estos testimonios positivos, pudiera suponerse que la Carta de Veracruz habia sugerido otra imaginaria de Cortés. Ciertamente la copia del primer documento, que pertenece á la academia española de la historia, y acaso el original que se halla en Viena, lleva el título erróneo de „Primera relacion de Cortés.”

(11) Esta imputacion la hace Bernal Diaz, y la refiere solo de oídas, puesto que él mismo confiesa que nunca vió la misma Carta. Ibid., cap. 54.

(12) „Fingiéndolo mil cautelas,” dice Las Casas con mucha política, refiriéndose á esta parte de la carta, „y afirmando otras muchas falsedades é mentiras.” Hist. de las Indias, MS., lib. 3, cap. 122.

sa á Hernando Cortés como el hombre mas capaz por su experiencia y conducta, de conducirla á una gloriosa terminacion (13).

Con esta carta fué tambien otra escrita en nombre de los soldados ciudadanos de Villa Rica, ofreciendo su debida sumision á los soberanos, y suplicándoles confirmasen sus procedimientos, sobre todo los de Cortés como general.

La eleccion de agentes para esta mision era asunto muy delicado, como que de su resultado tal vez dependia la suerte futura de la colonia y la de su gefe. Confióla Cortés á dos caballeros, en quienes con toda seguridad podia descansar, Francisco de Montejo, antiguo partidario de Velazquez, y Alonso Hernandez de Puertocarrero. Este último oficial era pariente cercano del conde de Medellín, y se esperaba que sus altas conexiones le proporcionaran un influjo favorable en la corte.

Juntamente con el tesoro que parecia comprobar la asercion de que „el país estaba tan abundantemente provisto de oro, como aquel de donde Salomon sacó el mismo precioso metal para su templo” (14), se remitieron varios manuscritos indios. Algunos eran sobre algodón: otros sobre agave americana; y sus caracteres ininteligibles, dice un historiador, excitaban poco interes en los conquistadores. Con todo, como pruebas de su cultura intelectual, eran para el filósofo objetos de mayor interes que aquellas costosas manufacturas que solo atestiguaban el ingenio mecánico de la nacion (15). Cuatro indios esclavos, rescatados de las mazmorras en que estaban encerrados para el sacrificio, se agregaron como muestra de los nativos. Se eligió uno de los mejo-

(13) Este documento es de mucho valor é interes, como que dimana de las personas mejor instruidas en el campo. Contiene una minuciosa narracion de lo que hasta entonces se conocia de los países que habian visitado y de los movimientos principales del ejército hasta el tiempo de la fundacion de la Villa Rica. Sus autores merecen nuestra confianza por el tono circunspecto de su narracion. „Querer dar,” dicen, „á vuestra Magestad todas las particularidades de esta tierra y gente de ella, podria ser que en algo se errase la relacion, porque muchas de ellas no se han visto mas de por informaciones de los naturales de ella, y por esto no nos entremetemos á dar mas de aquello que por muy cierto y verdadero vuestras reales altezas podrán mandar tener.” Sin embargo, la relacion que daban de Velazquez debe considerarse como testimonio *de parte*, y como tal admitirse con muchas excepciones. Era necesario para vindicarse ellos mismos que disculparan á Cortés. La Carta no ha sido impresa, y el original existe como se ha dicho arriba en la librería imperial de Viena. La copia que tengo en mi poder, compuesta de mas de sesenta páginas en folio, está tomada de la que se conserva en la academia de la historia de Madrid.

(14) „A nuestro parecer se debe creer, que hay en esta tierra tanto cuanto en aquella de donde se dice haber llevado Salomon el oro para el templo.” Carta de Veracruz, MS.

(15) P. Martyr de Anglería, superior á sus contemporáneos por las eruditas investigaciones que hizo sobre los nuevos descubrimientos, dedica medio capítulo á los manuscritos indios, en los cuales reconoció las pruebas de una civilizacion análoga á la de los egipcios. De Orbe Novo, déc. 4, cap. 8.

res buques para hacer el viaje, tripulado con quince hombres, y se puso bajo la direccion del piloto Alaminos, á quien se previno siguiera su ruta por el canal de Bahama, al norte de Cuba ó Fernandina, como entonces se le llamaba, y que por ningun motivo tocara en esta isla ó en otra cualquiera del océano indico. Con estas instrucciones zarpó el velero buque el 26 de julio, cargado con los tesoros y con los buenos deseos de la poblacion y municipalidad de la Villa Rica de Veracruz.

Despues de un breve viaje llegaron los emisarios á Cuba, y con entera desobediencia de las órdenes que llevaban, anclaron delante de Madien, en el costado septentrional de la isla. Se hizo esto por complacer á Montejo, que deseaba visitar un establecimiento que tenia en aquellas inmediaciones. Mientras que estaban en el puerto, uno de los marineros saltó á tierra, y atravesando la isla, llegó á la capital de Santiago, divulgando por todas partes las noticias relativas á la expedicion, hasta que llegaron á oídos de Velazquez. Era la primera vez que se habia hablado de la armada desde su partida; y cuando el gobernador escuchó la relacion de lo acontecido, no es fácil pintar las diversas emociones de curiosidad, admiracion y rabia que agitaron su pecho. En el primer impetu de su pasion prorumpió en una tormenta de invectivas contra su secretario y tesorero, los amigos de Cortés que le habian recomendado para gefe de la expedicion. Despues de desahogarse un poco de esta manera, despachó dos buques muy veleros, con orden de apresar el navío rebelde, y en caso de que hubiese partido, seguirlo y alcanzarlo.

Pero antes de que aquellos pudieran llegar al puerto, habia volado el pájaro y habia avanzado mucho en su ruta por el ancho océano. Lleno de mortificacion por este nuevo contratiempo, escribió Velazquez al gobierno de la madre patria y á los monges de San Gerónimo que residian en la Española, exponiendo sus quejas y demandando se atendiera á ellas. Poca satisfaccion obtuvo de estos últimos; pero resolvió tomarla con sus propias manos, y se dedicó á hacer preparativos formidables para una escuadra que habia de ser mas que una mecha encendida para la que mandaba su rebelde oficial. Era infatigable en sus esfuerzos; visitaba todos los puntos de la isla, y extraia todos sus recursos para efectuar su intento. Los aprestos eran de tal naturaleza, que necesariamente consumieron muchos meses.

Entre tanto el pequeño navío hacia rápidamente su próspero viaje por en medio del Atlántico, y despues de tocar en una de las islas Azores, arribó felizmente al puerto de San Lúcar, en el mes de octubre. Por largo que pueda parecer este tiempo, atendiendo á la mayor perfeccion que en nuestros dias tiene la ciencia náutica, en aquellos era reputado como un feliz viaje. Qué sucedió con los comisionados á su llegada, su recepcion en la corte, y la sensacion producida por las noticias que llevaron, son asuntos que reservo para otro capítulo (16).

(16) Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 54-57.—Gomara, Crónica, cap. 49.—Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 5, cap. 14.—Carta de Veracruz, MS. P. Martyr de Angleria derivó principalmente sus copiosas noticias de sus conver-

Poco despues de la partida de los comisionados sobrevino un acontecimiento muy desagradable. Cierta número de personas con el presbítero Juan Diaz á la cabeza, mal dispuestas por una causa ú otra hácia la administracion de Cortés, y no confiando en la peligrosa expedicion que habian emprendido, combinaron el plan de apoderarse de uno de los buques y dirigirse á Cuba lo mas pronto que pudieran, á referir al gobernador el destino de la armada. Se condujeron con tanto secreto, que habian puesto ya á bordo las provisiones, agua y todo lo necesario para el viaje, sin que hubieran sido descubiertas. Pero delató el proyecto la misma noche en que se debian haber hecho á la vela, uno de los conspiradores, que se arrepintió de la parte que habia tomado en él. Cortés dispuso que las personas implicadas fueran aprehendidas inmediatamente. Se abrió un proceso, y la criminalidad de los conjurados se puso fuera de duda. Fueron sentenciados á muerte dos de los cabecillas: se condenó al piloto á perder los piés, y á otros varios á ser azotados. El padre Diaz, probablemente el mas delincuente de todos, acogióse á los privilegios del sacerdocio, quedó impune. Uno de los condenados á la horca fué Escudero, el mismo alguacil que recordará el lector aprehendió al conquistador en Cuba tan traidoramente frente del santuario (17).

Al firmar el general las sentencias de muerte, se le oyó decir: „quisiera no haber jamas aprendido á escribir.” No era la primera ocasion que se habia proferido esta exclamacion en circunstancias semejantes (18).

Habiéndose concluido por fin los preparativos en la Villa Rica, Cortés mandó á Alvarado se adelantara con una gran parte del ejército á Cempoala, en donde pronto se le reuniria con el resto. La última conspiracion parece que habia hecho una profunda impresion en su espíritu. Ella le mostraba que habia en el campo soldados tímidos, en quienes no podia confiar, y temia sembraran entre sus compañeros la semilla del desafecto. Aun los mas resueltos, en cualquiera ocasion de disgusto ó reves, podian en lo sucesivo faltar á su propósito, y apoderándose de los buques abandonar la empresa. Esta era ya demasiado vasta, y los enemigos eran muy formidables para poder esperar un buen suceso, disminuyéndose el número de los españoles. La experiencia le habia mostrado que debia temer esto siempre que hubiera medios de que se escaparan (19).

saciones con Alaminos y los dos enviados, cuando llegaron á la corte. De Orbe Novo, déc. 4, cap. 6, et alibi. El mismo, opus Epistolarum (Amstelodami, 1670,) ep. 650.

(17) Véase la pág. 142 de este tomo.

(18) Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 57.—Oviedo, Hist. de las Indias, MS., lib. 33, cap. 2.—Las Casas, Hist. de las Indias, MS., lib. 3, cap. 122.—Demanda de Narvaez, MS.—Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 41.

Era la exclamacion de Neron, segun refiere Suetonio. „Et cum de supplicio cuiusdam capite damnati ut ex more subscriberet, admoneretur, „Quan vellem,’ inquit, nescire literas!’” Lib. 6, cap. 10.

(19) „Y porque,” dice Cortés, „demas de los que por ser criados y amigos de Diego Velazquez tenian voluntad de salir de la tierra, habia otros, que por verla tan grande y de tanta gente, y tal, y ver los pocos españoles que éramos, estaban del mis-